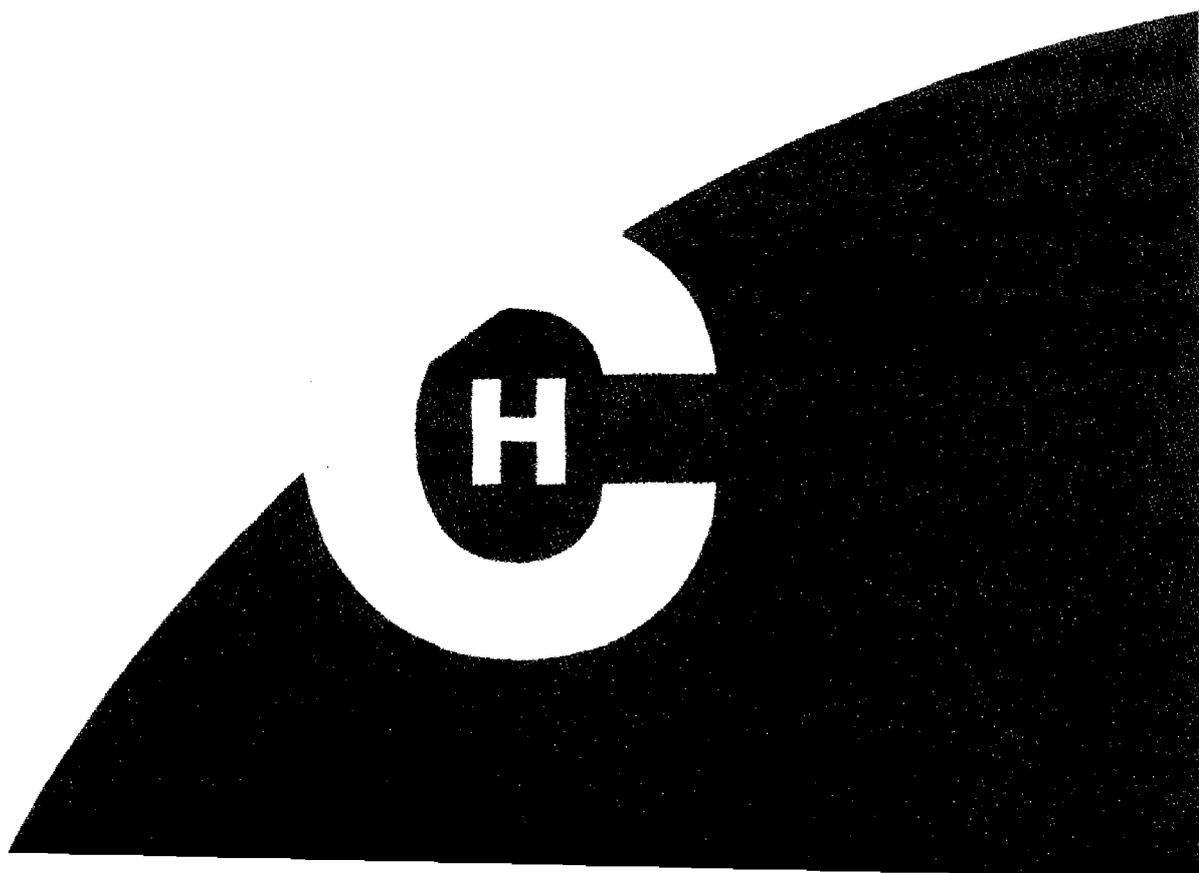


# Editorial

*Benjamín Prado*

La reciente celebración en Quito del Encuentro Internacional sobre Cambio Climático en América Latina, y la dura crítica del presidente de Ecuador, Rafael Correa, contra los países que más contaminan nuestro planeta y que, por lo tanto, son los principales responsables de los desarreglos medioambientales que sufre la Tierra, ha vuelto a encender un piloto rojo en medio de la oscuridad: la oscuridad malintencionada en que intentan mantener estos temas algunos políticos a los que, de un tiempo a esta parte, ya se les añade sin temor el siniestro adjetivo de «negacionistas» y el piloto rojo de la verdad, que es el que sirve tanto para disipar las sombras como para desenmascarar las luces embusteras. No olvidemos que, depende de quiénes lo dirijan, un foco puede servir para alumbrar pero también para deslumbrar, para conducirnos a la ceguera.

Es curioso que en el mundo de la Literatura actual el tema de la ecología sea tan poco frecuente. Una ausencia extraña, sin duda, porque si la Naturaleza siempre ha sido uno de los elementos tradicionales de la escritura para servir, según los casos, de metáfora,



paisaje, telón de fondo o expresión del estado de ánimo de los personajes o los autores, resulta dramático que ese protagonismo se atenúe precisamente ahora que esa misma Naturaleza está en peligro y su saqueo se ha transformado en la prueba más dolorosa de hasta dónde puede descender el ser humano en nombre de la ambición, que es hasta el punto de convertirse en el único ser vivo que destruye su propio hábitat.

Por supuesto que hay a estas alturas muchos autores iberoamericanos que han mostrado su preocupación por la ecología, que militan en la defensa del medio ambiente: a modo de ejemplo, uno de los más perseverantes en este asunto, el poeta Jorge Reichmann, escribe en este número de *Cuadernos Hispanoamericanos*. Pero quizá sería deseable que un tema de tal trascendencia formara parte de la educación elemental en nuestras escuelas y que fuese materia de estudio y reflexión obligatorios. En muchos países se enseña a los escolares a respetar la Naturaleza, se organizan plantaciones de árboles anuales, etcétera. Sin duda, se trata de un gran aprendizaje y no es descabellado soñar que algunos de esos niños podrán dedicarse en el futuro a la Literatura, o al Arte, o incluso a la misma docencia, y que desde esas atalayas sirvan como mensajeros, le recuerden a sus lectores, o espectadores o alumnos que la Naturaleza también es cultura y que su devastación es uno de los mayores actos de barbarie que podemos llegar a cometer.

Y tampoco parece mala idea la que puso sobre la mesa del Encuentro Internacional sobre Cambio Climático en América Latina el presidente de Ecuador, que pidió que la ONU elabore una lista de «las naciones que están acabando con nuestro planeta, de esos terroristas ambientales que van a acabar la vida en el planeta Tierra». Qué buen tema de denuncia para un novelista o un poeta comprometidos con la realidad ©

